

El Escultor

Los grupos escultóricos originales o inspirados en obras clásicas se encuentran dispersos aquí y allá en el amplio y luminoso estudio en donde el artista se deja llevar, a ciegas, por la inspiración. Aquí se contempla una copia fidelísima del grupo de Leochares en el que un águila arranca del suelo a Ganimedes, y en el cual se creyeron simbolizadas, de manera exacta, las ansias de perfección que llevan al hombre sano hacia las sublimes regiones de la espiritualidad.

Allá en medio de un número grande bocetos apenas principiados destaca su elegancia infinita una reproducción de la Nereide de Xantos que parece deslizarse por la superficie apenas rizada del mar; más allá la Victoria de Paionios, la dulce Nike Jénica, abre sus brazos maravillosos con los cuales sostiene un amplio velo que se hincha mientras, por delante, su túnica graciosa se adhiere a su cuerpo dejando adivinar curvas verdaderamente encantadoras. Luego la estatua de Hípnos, el dios del sueño, que pasa con la cabeza y el cuerpo inclinados regando el sendero que recorre veloz con la esencia de opio que en un cuerno de carnero lleva guardada; más lejos la belleza mística de aquella delicada Virgen de Miguel Ángel que llena de dulzura la Iglesia de Nuestra Señora en la somnolenta Brujas.

En medio de tantas bellas concepciones del arte, el escultor cincela con entusiasmo evidente un bloque de mármol del cual van surgiendo, como Venus de las espumas, las más melódicas curvas, los más encantadores detalles. Cada golpe de martillo sobre el cincel esculpe una belleza nueva, eterniza una nueva concepción de arte que dormía olvidada en uno de los rincones de la fantasía de aquel artista prodigioso.

Al terminar las horas de trabajo, cuando la luz envísiosa no le permite seguir trabajando, el escultor permanece hincado, de rodillas ante aquella estatua que nace evocada por su cincel pero que le es inspirada por un solo divino cuyo origen no acierta a determinar y cuyas intenciones no se atreve siquiera a descubrir.

Adora su estatua como los creyentes adoran su dios, le dedica sus mayores pensamientos y le consagra sus acciones más nobles; significa en aquel mármol impecable su propia conciencia exaltando lo que en ella debe ser exaltado: esa inmensa aspiración hacia lo alto que obliga al mortal a superarse a sí mismo continuamente.

Sus amigos y sus discípulos lo miran con temor; ellos no aceptan que un cerebro sano pueda extasiarse, con éxtasis de amor infinito, ante la propia obra tan perecedera como

son perecederas las manos que la sacaron de la nada; ellos no logran comprender cuál es la razón que puede tener el compañero y el maestro para arrodillarse, con devoción sincera, ante la estatua que van modelando a golpes de cincel sus brazos musculosos. El escultor comprende cuáles dudas atraviesan las mentes de aquellos amigos suyos; dirigiéndose a los más jóvenes, a aquellos que lo imitan porque han adivinado en él a un verdadero gran maestro, les dice:

que ame,

Os causa admiración, que adore la obra que día a día veis destacarse en este bloque de mármol que al principio era informe y tosco al igual que una inteligencia que no ha recibido iniciación alguna en los místicos de la vida: os causeo miedo porque, sin duda alguna, me creéis loco y no comprendéis que vosotros sois los dementes, que yo al hacer esa estatua estoy realizando a Dios, a mi Dios, a ese ser divino que necesita nuestro espíritu para integrar el universo en todos sus detalles.

Nuestro deber es ese, queridos discípulos y amados compañeros, formar a Dios, hacer que de nuestras obras, de nuestros actos y de nuestros pensamientos surja nuestro Ser Supremo, nuestro Gran Arquitecto del Universo.